

## Cómo escribir apretando el gatillo

### *Balas por encargo. Vida y muerte de los sicarios en Colombia*

JUAN MIGUEL ÁLVAREZ

Rey Naranjo Editores,  
Bogotá, 2013, 297 págs.

EL PERIODISTA bogotano Juan Miguel Álvarez (n. 1977) demuestra con tantas pruebas como vainillas de municiones dejan las historias diseminadas en las casi trescientas páginas del libro, que las distintas mafias incrustadas en el departamento de Risaralda –otrora parte del Viejo Caldas y hoy del turístico Eje Cafetero– desde la época de la Violencia se siguieron fortaleciendo hasta convertirse entre los años setenta y noventa en las más poderosas del país, las organizaciones que más criminales entrenaban y más muertos dejaban.

Esta historia no se había contado a fondo porque sus protagonistas “pasaron de agache”; no tuvieron la notoriedad de los jefes de los carteles de Medellín, del Norte del Valle y de Cali (aunque con estos últimos negociaron todo el tiempo). Quizá se acalló porque transcurrió en una pequeña ciudad de provincia, porque la dirigencia local y nacional se empeñó en ocultar los hechos, entre otras razones, para no dañar la imagen turística de la ciudad, y porque los medios de comunicación locales prefirieron no enemistarse con los poderosos o tuvieron legítimo miedo.

Valga recordar el episodio del documental realizado en 2010 por el Canal Cuatro español que denunció el submundo sicarial de Pereira, con testimonios de los matones menores de edad, que despertó la indignación regional y fue demandado por el alcalde de Pereira y por el Instituto de Bienestar Familiar por supuesto montaje. En el 2002, el suceso que conmovió los cimientos de esta ciudad –más que el terremoto de años atrás– fue el escrito de Salud Hernández sobre la prostitución en esta ciudad. También clamaron al cielo las autoridades. Ergo, por este libro, si llegan a leerlo, Álvarez será declarado persona non grata y hasta condenado a tirarse del viaducto César Gaviria (contra su voluntad). A propósito del entonces presidente,

solo cuando su hermana fue secuestrada (y luego asesinada), los medios fijaron la atención en los males de esta ciudad.

Una de las primeras revelaciones del libro es que más poderoso que Pablo Escobar fue Antonio Correa, oriundo de Apía (que para más inri, le da nombre a un centro comercial de Pereira que tuvo la primera escalera eléctrica del Eje Cafetero), quien estableció su emporio de criminalidad diez años antes que su homólogo, en los años setenta, y abrió rutas internacionales del narcotráfico, pero mantuvo bajo perfil y pasó de agache frente a las autoridades. Las acciones del capo no tuvieron mayor resonancia en los medios y pudo darse el lujo de morir de viejo y enfermo en 2006. Como también murió en la cama y rodeado de su familia cual patriarca, con más de setenta años, el temido Olmedo Ocampo. El periodista también fue a entrevistar a sicarios jubilados que viven apaciblemente en sus fincas cafeteras, entre árboles y pájaros, y que dan gracias a Dios por ser los últimos “de la camada”, observaciones de ambiente que registra el autor con evidente ironía.

Las nuevas generaciones de matones son cada vez más sanguinarias. Valga mencionar nombres famosos como los de Rasguño y Macaco, o menos conocidos como alias Vómito, Diarrea, o los más cinematográficos Rambo o Cobra, cuyas parábolas de vida y muerte relata el autor sin ahorrarse detalles tan escabrosos como reveladores y hasta tragicómicos porque parte de su estrategia narrativa es contar anécdotas, que ayudan a amortiguar la dureza de las historias. Incluso, en la entrada del libro reproduce una conversación con un taxista de Pereira, que le disparó nuevas preguntas a su investigación porque lo puso sobre la pista de poderosas familias detrás de las bandas delincuenciales. Eso fue en el 2010 –cuando la Alcaldía de Pereira alardeaba de haber reducido dramáticamente la tasa de homicidios– y continuó el proceso de investigación y de escritura hasta mediados de 2012.

En la literatura de la sicaresca, pasamos entonces de *El peláito que no duró nada* de Víctor Gaviria y *No nacimos pa'semilla* de Alonso Salazar, a los sicarios adolescentes que le piden protección a María Auxiliadora en *La*

*virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo para terminar en estos abuelos sicarios de Juan Miguel Álvarez, cincuentones y sesentones que, paradójicamente, disfrutaban de la jubilación. De las comunas de Medellín saltamos a las de Pereira, con barrios tan “calientes” como 2.500 lotes y Nacederos, entre muchos otros que conforman la cartografía de la criminalidad en la Perla del Otún. Con oficinas de cobro tenebrosas, como la que montó Macaco en el área metropolitana de Pereira, llamada Cordillera, como la marca de café. Oficinas donde se entrenaron en manejo de armas y motosierra hasta quinientos pistoleros. De allí salió el legendario *Baby* sicario, que a los trece años ya era asesino a sueldo de esta oficina.

En este “reportaje integrado”, como denomina Álvarez el género que empleó, a la usanza de la escuela anglosajona, se documenta la historia de la violencia en Risaralda, extrapolable a otras regiones del país victimizadas por el narcotráfico, y la lucha actual por el control del microtráfico. Cumple con la preceptiva del género al servicio de técnicas narrativas depuradas, que absorben la crónica: narra un mundo en su totalidad, recoge innumerables voces, juega con los tiempos narrativos, ofrece contexto, recrea escenas, caracteriza personajes, reconstruye diálogos, maneja símbolos, confirma hipótesis, plantea juicios de valor y, sobre todo, denuncia.

Con este primer libro, Álvarez demuestra su condición de tirador avezado, que da en el blanco a punta de persistente labor de reportería, tanta, que diría el lector que no hay café de Pereira y alrededores donde no se hayan tomado notas para este libro, ni historia hallada en los expedientes o en las secciones judiciales de los diarios que no haya sido consultada y verificada de manera rigurosa y metódica por el reportero. Además, aguzó el oído para captar la oralidad, la jerga de los pandilleros, y retoma expresiones –“voliendo martillo” (disparando), “cascar (matar) a un man”, “a la gente la cogían de quieta (distráida)”; es “más gallo” (difícil) trabajar– para darle mayor verosimilitud al relato. Queda claro, además, que los verbos “sicariar” y “parchar” ingresaron al diccionario de colombianismos.

Entre las fuentes más consultadas por el reportero hay abogados

penalistas, jueces de paz y defensores de Derechos Humanos, que venciendo su comprensible miedo a hablar terminaron por darle las claves de interpretación de esos submundos, y a ellos agradece al final del libro, así como al equipo de reporteros judiciales de *La Tarde* en 2007, con quienes Álvarez compartió su trabajo. Mientras a los jueces les daba temor hablar, los sicarios se despacharon a gusto para alardear de sus hazañas como si fueran épicas y “heroicas”. Por eso, uno de los personajes del libro compraba los periódicos después de cada “vuelta” para ver su acción en letras de molde y ¡pegaba los recortes en un álbum! De otros menciona sus fetiches, trofeos, tatuajes (por cada muerto), pequeños museos de armas, y las leyendas urbanas que los acompañan después de muertos.

Tal como les ocurre a los sicarios protagonistas de este gran reportaje, que se vuelven adictos a disparar una vez aprenden el oficio y cobran la primera víctima, el reportero parece obsesionarse con cada historia y cada personaje, hasta no dejar dato inédito ni cabo suelto.

Periodista egresado de la Universidad Javeriana, heredó la vena periodística y el nombre a su padre, reconocido escritor, periodista e historiador pereirano, Miguel Álvarez de los Ríos, cuya obra recorre todos los temas y estilos del periodismo literario. Juan Miguel comenzó como *free lance* hace once años en la revista *El Malpensante*, en la que ha publicado crónicas, reportajes y entrevistas dignos de menciones y nominaciones a premios, como el Simón Bolívar y el Círculo de Periodistas de Bogotá (este último con una entrevista a Hernán Hoyos, escritor pereirano, pionero de la literatura porno en Colombia). Fue seleccionado en 2012 por la Universidad de Guadalajara como una de las Nuevas Plumas menores de treinta y cinco años en la crónica latinoamericana. Colaboró un tiempo en publicaciones de Pereira como *El Diario del Otún* y *La Tarde*, en las cuales comenzó a familiarizarse con los temas judiciales, y en los últimos años ha colaborado en *El Espectador* y la revista *Semana*, medios en los que publicó algunas de las historias que luego retomaría para este libro.

En la pasada Feria Internacional del Libro, cuando el editor Camilo Jiménez

presentó el libro y entrevistó al autor, Álvarez mencionó tantos nombres de delincuentes –incluidos los de cuello blanco y los políticos poderosos que siguen en la jugada– y tantos casos sórdidos –muchos de los cuales no se han cerrado–, que los presentes quedaron con la sensación de que el peligro rondaba en ese auditorio y de que el periodista, sin duda alguna, tenía arrojo para hablar con tanto aplomo de asuntos escabrosos y presentar esta lista negra, sin ahorrarse nombres. Mencionó que entrevistó a más de cincuenta fuentes, y con algunas habló de quince a veinte veces. Cotejó toda la información en archivos de prensa y documentos históricos y contó las distintas versiones que había sobre algunos hechos (como la muerte de Martín Bala –que firmaba los asesinatos descargando en la víctima diecisiete proyectiles–) para no parecer tendencioso.

Según dijo Camilo Jiménez, este libro es una especie de “prehistoria del narcotráfico”, que habla de los viejos sicarios descendientes de los bandoleros de la época de la Violencia. La obra no cae en los lugares comunes sobre el tema, del que tanto se ha abusado en la literatura y en los seriadados de televisión. Por ejemplo, a punta de testimonios, el autor demuestra que estos sicarios no son simples matones de barrio, de pandilla; kamikazes que se hacen matar por unos pesos, como es el imaginario popular. La mayoría son profesionales que recibieron entrenamiento de la Policía Judicial en los años setenta y ochenta, expolicías y hasta policías en ejercicio. Dado que gozaban de los favores judiciales, a los sicarios de esta región rara vez los acusaban por asesinato, lo hacían por delitos menores.

También dijo Jiménez que *Balas por encargo* “camina por la acera del periodismo pero se pasa a la acera de la historia”. Asimismo, muestra los tentáculos que tuvieron los sicarios en el país y en el exterior, como los de la Oficina de cobros de La Virginia, que tenían negocios con el Cartel de Sinaloa, del buscado capo El Chapo Guzmán, así como redes en todas las capitales del narcotráfico. Según aclara el autor, las oficinas de sicarios de Risaralda, y en particular la de La Virginia, quedaron fuera de la mira de las autoridades porque el Gobierno estaba obsesionado

con Pablo Escobar. No falta en esta galería de criminalidad Darío Sepúlveda, el marido de La reina de la cocaína, Griselda Blanco (asesinada en Medellín en el 2012), que operaba en los Estados Unidos con el clan familiar.

Gracias a que este gran reportaje judicial está impecablemente escrito, el lector lo sigue como drogado, esperando la nueva dosis con más nombres, más episodios, más desenlaces. El ritmo narrativo solo se suspende en el capítulo final, sobre *los muchachos*, cuando el autor repasa el cubrimiento mediático de la reforma al Código del Menor y después a la Ley de Infancia y Adolescencia, lo que distrae de las historias que viene contando y que tienen como epicentro el antiguo Centro de Reeducación de Menores Marceliano Ossa, por el que han pasado la mayor parte de los sicarios de la región. Allí se entrevistó con exfuncionarios, educadores y muchachos que vivieron distintas épocas de la institución, para constatar que las políticas de reeducación del país son bastante cuestionables. Este capítulo gana fuerza con la entrevista a Jason, un sicario de la nueva generación, de esos que matan por ver caer, y que narra con frialdad su corta vida en el mundo del crimen.

El autor no cae en generalizaciones ni especulaciones, todo es preciso, ceñido a los hechos y anclado en datos y nombres propios, como si redactara un expediente judicial. Tan metódico es con su trabajo, que el libro como tal concluye en la página 238, pero de ahí hasta la página 297 incluye un post scriptum en el que presenta un repertorio de todo lo que se publicó sobre el tema. Sin embargo, un editor podría haberle aconsejado suprimir estas páginas y el *apéndice* con el aparato de citas que usó para dar contexto a los lectores. Sí es necesario el *glosario* final que ayuda a reubicar tantos nombres, además de la completa bibliografía para los interesados en profundizar en la historia del narcotráfico colombiano.

La crudeza de *Balas por encargo* puede llevar a lectores escrupulosos a pensar que con él los malandros recibirán cátedra para matar y cobrar, pero alguien tiene que contar la historia sin adornarla o recortarle las partes oscuras. Cuando narra las salvajadas que cometieron los Porras –en especial Ancízar, autor de la masacre de Trujillo– o

**RESEÑAS**

las escenas, casi cotidianas en decenios recientes, como la de un niño de ocho años jugando fútbol con una cabeza, se entiende que el alcance moral de este documento es mostrar los límites de la condición humana en este país, laboratorio de experimentación de todo tipo de violentos desde mediados del siglo XX. Debido a las metamorfosis de la violencia (de la política a la guerrillera, a la del narcotráfico y a la paramilitar), estos sicarios mutan en “paracos” y no paran de matar, aunque se les encasquille el arma (o el alma).

**Maryluz Vallejo M.**

Profesora titular,  
Pontificia Universidad Javeriana

---